

“La guerra civil española”

p. 61-68

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Un mexicano a quien no le ha sido dable todavía viajar por España, ni ser testigo presencial de los acontecimientos políticos recientes de ese país, no tiene elementos suficientes para poder hablar del general Franco y su obra.

El autor de estas líneas deplora no conocer la vida política española contemporánea, conocimiento que le permitiría un juicio más exacto sobre la conducta de Pereyra en relación con el franquismo, y sobre sus angustias durante la guerra civil española. Sin embargo, el propio don Carlos en sus artículos periodísticos recogidos en el libro *“España está despierta”*,⁴¹ ha narrado algunos de los instantes más dramáticos de ese momento trágico. A María Enriqueta le debo no pocas informaciones al respecto.

No ha llegado el momento de juzgar desapasionadamente los últimos años de la vida española; ni aún los propios testigos presenciales estarían en posibilidad de hacerlo. Pero trataremos hasta donde sea posible, de hablar sobre los hechos a que estamos haciendo referencia.

En México algunas gentes consideran al general Franco como el salvador de España. Sin embargo, no todos aceptan esta manera de pensar. Mas el “Generalísimo”, exponente hu-

41 En esta obra colaboraron también gentes tan distinguidas como don Rodolfo Reyes y don Alfonso Junco.



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

mano de primera importancia, como protagonista de un drama histórico de profunda significación, es un tipo representativo de su raza, sea cual fuese el criterio con el que se le quiera juzgar.

Es por demás decir que para los españoles el concepto de patria, ha sido durante casi toda su historia un sinónimo de religión. Su sentimiento místico es perfectamente explicable: fué templado al fuego de una brega de ocho siglos. No nos extraña saber que cuando la catolicidad era duramente atacada por la Reforma, haya sido en España donde apareció esa combinación pasmosa de misticismo y fuerza telúrica, que se llamó Ignacio de Loyola.

España, país de teólogos, como lo llamara Menéndez y Pelayo, ha tenido sin embargo momentos en que sus creencias religiosas han sido rudamente combatidas, por sus propios hijos. ¡Cosa singular!, el pueblo más cristiano de Occidente, iba a ser utilizado en el siglo XX como campo de experimentación para la siembra de doctrinas comunistas y anticristianas.

España no tardó en reaccionar y un grupo acaudillado por el general Franco se propuso derrocar al gobierno establecido, que intentaba realizar una des cristianización. Pero aquello era apenas el principio de una sangrienta lucha, los rojos estaban dispuestos a no conceder al adversario una victoria fácil y lucharían en defensa de sus doctrinas.

Los extranjeros residentes en España, se dieron cuenta de la tremenda amenaza que se aproximaba a pasos gigantescos, y consideraron con toda razón que estaba en peligro su seguridad. Quedaban dos caminos: emigrar, o permanecer en España sufriendo las consecuencias de la guerra civil. Don Carlos Pereyra y su esposa se decidieron a no abandonar Madrid. La lucha duraría poco o mucho, pero en todo caso ellos permanecerían en Madrid hasta el final de la contienda. Y pu-



L A G U E R R A C I V I L E S P A Ñ O L A

dieron así ser testigos presenciales de acontecimientos que les produjeron la más honda conmoción.

Los esposos Pereyra sufrieron tres inviernos sin calefacción y acabaron por suprimir totalmente el desayuno. Llegó a existir, tal escasez de alimentación, que aun pagando cinco pesetas por un ajo y diez por una cebolla, estos productos no se podían adquirir.

Con el propósito de aliviar un tanto la desesperada situación de la familia Pereyra, de París, como de Marsella, de Tánger y de Ginebra, se les hicieron envíos de alimentos, que sin embargo no recibieron nunca los destinatarios.

Pero lo más grave no era la penuria que la población tenía que sufrir, sino el espectáculo de odios y de violencia que desfilaba ante sus ojos, más patético que los horrores del hambre y la miseria.

En la *Villa de las Acacias*, residencia de la familia Pereyra, se enarbolaba el pabellón mexicano, como para pedir las garantías que merece todo extranjero frente a los fusiles del país en que vive. Pero los rojos posesionados de Madrid no siempre respetaban las banderas extranjeras. Más de una vez la vida de don Carlos y de María Enriqueta estuvo en peligro.

El odio anticristiano no podía permitir que en los hogares se conservasen imágenes religiosas. Un cuadro que representaba a Jesús contemplando la ciudad de Jerusalén, que había sido comprado por María Enriqueta, permanecía en la pared. Su dueña pensó en la conveniencia de quitarlo para impedir el furor rojo, si éste llegaba a enterarse de su existencia. Estando a punto de hacerlo creyó que su deber y su fe religiosa, le aconsejaban tener confianza en que Dios velaría por su hogar. En ese instante penetra un miliciano, que censura a la dueña de la casa por mantener en el muro una imagen de Cristo. La gran dama no se inmuta y con frases sublimes le dice que aquel cuadro representa la angustia y el dolor de quien vino al mundo, para enseñar una doctrina de



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

paz, de amor y de concordia. Y habló con tal elocuencia, que su voz pudo penetrar hasta lo más recóndito de la entraña de aquel rudo soldado, que sintió que aún palpitaba su corazón de creyente y de español. —Perdóneme señora, permítame que le bese las manos, me han conmovido tanto sus palabras... Y salió el miliciano sin causar daño alguno. Cuando regresó don Carlos a su casa, de la cual había estado ausente largo rato, el peligro estaba conjurado, la entereza de una mujer había vencido la rudeza de un soldado, la fe religiosa había triunfado.

Pero María Enriqueta sabía medir las consecuencias de sus actos, y no pocas veces calmó la indignación que a don Carlos Pereyra le causara el espectáculo de hechos sangrientos y macabros de que era testigo presencial. Uno de éstos, de refinada crueldad, tuvo como víctima a un sacerdote a quien los rojos asesinaron con saña despiadada. Pero no contentos con haberle arrebatado la existencia, le pusieron un gran puro en la boca e hicieron mofa del cadáver cantando y bailando alrededor de él. Y lo más grave era que hasta niños tomaban parte en esa danza impía. Cuando aquellos miserables abandonaron el cadáver, don Carlos —Quijote al fin y como tal capaz de la más noble audacia— quiso sustraer el cuerpo a los desmanes de la muchedumbre. Pero la voz de la cordura que era María Enriqueta lo hizo desistir de su propósito. Para ellos que creían en un Dios, supremo Juez del universo, aquel hombre gozaba de la gloria prometida a los mártires de la fe. No tenía objeto recoger el cadáver, además sería una imprudencia porque los rojos podrían castigar severamente a quien lo intentara.

Y sin embargo, estos hechos que me ha narrado María Enfamilia Pereyra, no fueron descritos por don Carlos en su colaboración al libro *“España está Despierta”*.

Por otra parte, precisa aclarar que si bien don Carlos tuvo para el general Franco y para su obra de guerrero y estadista una gran admiración, su pluma jamás se mojó en el tintero



L A G U E R R A C I V I L E S P A Ñ O L A

de la lisonja. Personalmente nunca trató al Generalísimo, lo vió siempre a distancia.

Habló de la guerra civil española como un hombre que mira las cosas desde un punto de vista unilateral, pero no se dejó arrastrar por las bajas pasiones de un sectarismo ciego. Nadie mejor que con Carlos para hablarnos de los tres años anteriores, al momento en que entraron en Madrid las fuerzas del general Franco:

*“Desde julio de 1936 hasta marzo de 1939 fué peligroso y hasta temerario, llevar apuntes... Me consideraba como uno de los privilegiados del infortunio. Al salir del antro rojo, el 28 de marzo de 1939, sano y salvo con todos los míos, amenazados de muerte trágica, podía hacer el balance de Sieyès, después de la Revolución Francesa: “J’ai vécu”. He sobrevivido. Estaba obligado a presentar mi experiencia, llanamente, sin tono patético”.*⁴²

El 18 de marzo marcó para los habitantes de Madrid el comienzo de una nueva era, la pesadilla de los años pasados desaparecía como por encanto:

“Al desaparecer los jefes de las bandas, Madrid encontraba de nuevo su sonrisa, su júbilo, su pulcritud, su gracia y su fé. Era una pueblo y no una muchedumbre. Era un pueblo que no blasfemaba, que no odiaba, que no hacía recuerdos del mal sino para regocijarse con el bien recuperado. Era un pueblo que no cantaba coplas obscenas como las que oímos durante el 14 de abril de 1931. Era un pueblo que no pedía cabezas como lo hacían las cuadrillas rabiosas de aquella y otras jornadas inolvidables. Era un pueblo que no recorría la ciudad volcando bidones de gasolina sobre los edificios condenados a la destrucción, como se practicó durante ocho años mortales.

42 Carlos Pereyra, “España está Despierta”, pág. 29.



ESCRIBIENDO Y VIVIENDO LA HISTORIA

*Era un pueblo que no linchaba, como estuvo ejecutando constantemente desde el principio de su dominación hasta el último minuto de la última hora”.*⁴³

Había llegado por tanto la hora de reconstruir a grandes rasgos, aspectos fundamentales de la historia de la guerra civil española. Aun cuando aspiró a escribir sin recurrir a un tono patético, le fué imposible ocultar su indignación.

Poco tiempo después de la salida del ejército rojo, Pereyra empezó a evocar a través de la prensa sus recuerdos sobre la guerra. ■ espíritu religioso, recordaba con amargura aquellas horas trágicas en que la propaganda comunista en nombre del progreso, fomentaba el aborto,⁴⁴ perseguía a los creyentes y corrompía conciencias infantiles. Había mendigos que levantaban el puño para pedir limosna y para dar las gracias. Todo esto sin embargo, era poco en comparación a los excesos consumados por tipos patibularios:

“La miliciana Contanza Sáez mutiló espantosamente los cadáveres de los oficiales asesinados en Guadalajara, Josefa Albert y su hija, Ana Subirat, que tenía menos de diez y ocho años, pidieron que se les concediera el privilegio de matar con pistolas ametralladoras a treinta y cinco personas, entre las cuales había cinco sacerdotes. La proeza se realizó en el cementerio de Fraga”.

“Victor Martín, de la checa de Fomento, fué autor de cien asesinatos. Eusebio Raigada Rodríguez cometió quinientos, Angel Sánchez Portela se declaró autor de seiscientos. Pablo Muñoz Izquierdo, de la checa establecida en el convento de las Comendadoras de Santiago, practicó más de mil detenciones

43 “España está Despierta”, ob. cit., pág. 32.

44 Dice don Carlos Pereyra que en 1938, el Madrid rojo votó un crédito de 100,000 pesetas para el servicio del aborto.



L A · G U E R R A · C I V I L · E S P A Ñ O L A

¿y tomó parte en más de seiscientos asesinatos. Antonio Sánchez Portela confesó seiscientos. Pedro Carreño Gómez declaró que había cometido setecientos”.

“Ignoro el nombre y sólo conozco el apodo de “Siete Co-razones”, que en el pueblo de Tabernas capitaneó a los ejecutores de una invención satánica. Enterraban a los vivos y desenterraban a los muertos. Ponían a las víctimas cerca de los pozos y las iban arrojando lentamente, para que las de arriba oyesen los lamentos de las de abajo. El número de los inmolados se calcula en ochocientos. Después profanaban las tumbas y sacaban los cadáveres para fusilarlos. En una de aquellas tumbas enterraron vivo a un jovencito de quince años”.⁴⁵

El profesor angloamericano *Robert Davis* refiriéndose a Franco, se ha expresado en los siguientes términos:

“Se ha criticado a Franco por no haber concluido la guerra anteriormente; pero estaba nivelando sus dos obligaciones como Jefe del Estado y como Comandante Militar. En todo momento sabía que el tiempo luchaba en su favor. Ha gastado las horas para economizar las vidas. Ha conducido una guerra de sitios. Permitió que los hombres del campo adversario tuvieran suficiente tiempo para madurar sus ideas. Dejó que los ciudadanos de la República española se cansaran de las teorías bolcheviques y de la práctica. Y el hecho de que pudo entrar en Barcelona sin oposición y que el ejército republicano-rojo ni siquiera tratara de resistir en la frontera de Francia, justifica la política de su paciencia”.⁴⁶

Si estas afirmaciones fueran la expresión exacta de la realidad española de los últimos tiempos, habría entonces que re-

45 “España está Despierta”, Ob. cit., págs. 53 y 54.

46 “España está Despierta”, pág. 186.



E S C R I B I E N D O Y V I V I E N D O

conocer que la actitud de don Carlos al juzgar la guerra civil de este país y su desenlace, no sólo es justificable sino digna del más alto elogio.